

XAVIER SALA I MARTÍN

Barreras en el océano

La continua llegada de cayucos africanos a las costas europeas está generando un apasionado debate sobre las bondades de la inmigración. La polémica despierta instintos primarios que van desde la xenofobia hasta la solidaridad. Pero como en tantos otros debates de la vida, el problema de fondo es económico: los africanos viven infinitamente mejor aquí que en sus países de origen. Ergo, intentan emigrar. Lo mismo pasa con los ciudadanos de Europa del este o de América Latina (la llegada de estos últimos es mucho más numerosa aunque no tan dramática como la de los africanos).

Lo primero que hay que entender es que el problema no desaparecerá hasta que las condiciones de vida en los países de origen mejoren. Del mismo modo que España pasó de ser un emisor masivo de emigrantes cuando era un país pobre a atraer millones una vez se convirtió en rico, los inmigrantes no dejarán de venir hasta que sus países de origen mejoren.

Pongo *problema* en cursiva porque no está claro que la inmigración lo sea. De hecho, algunos observadores dicen que no sólo no es un problema, sino que es una panacea. Explican, por ejemplo, que "necesitamos a los inmigrantes porque realizan los trabajos que nosotros no queremos hacer", que "sus cotizaciones pagan nuestras pensiones" e incluso que "sin ellos no habría crecimiento económico". Además de inmorales (¿qué es eso de decir que necesitas a los pobres para que te paguen las pensiones?) estos argumentos son falaces.

Primero, existen muchos empleos que los europeos no aceptamos porque los salarios que pagan son bajos. Y los salarios son bajos precisamente porque hay inmigrantes. Sin éstos, el salario de los barrenderos sería más alto y entonces sí que habría europeos que querrían ocupar esos puestos de trabajo.

Segundo, en un Estado de bienestar como Dios manda (o al menos como mandan los libros de texto progresistas) los pobres reciben del sistema más de lo que aportan. Si es así, los ciudadanos pobres que llegan de fuera acabarán aportando al fisco una cantidad neta ¡negativa! Es decir, no sólo no contribuyen a solucionar los problemas de la seguridad social, sino que los empeoran.

Tercero, los estudios que estiman que sin inmigrantes nuestro crecimiento de los últimos diez años habría sido negativo tienen fiabilidad... ¡nula! Entre muchas otras razones, por-

XAVIER SALA I MARTÍN, *Fundació Umbele, Columbia University y UPF*
www.umbele.org



JOAN CASAS

EL DEBATE DEBERÍA

centrarse en estimar cuánta

gente puede absorber

un país para poder garantizar

derechos y oportunidades

que ignoran lo que hubiera pasado sin inmigración. Por ejemplo, si no hubiera gente que aceptara recoger basuras a salarios bajos, las empresas se verían obligadas a comprar camiones automatizados. Es decir, sin inmigrantes se produciría cambio tecnológico, aumento de productividad y crecimiento económico.

Cuarto, los ciudadanos autóctonos observan con estupor cómo los inmigrantes congestionan los servicios públicos que ellos han financiado con sus impuestos al largo de los años. El estupor se convierte en justificado resentimiento cuando ven que los inmigrantes gozan de esos servicios sin haber cotizado nunca.

En resumen, los defensores de la inmigración tienden a exagerar sus argumentos. Ahora bien, eso no quiere decir que el fenómeno migratorio no tenga aspectos positivos: por ejem-

plo, los extranjeros traen unas habilidades distintas y un espíritu emprendedor del que a menudo carecemos los locales. También contribuyen a reducir los precios. Otro aspecto positivo es que, a falta de crecimiento económico en los países de origen, la inmigración es el mejor programa diseñado por el hombre para mitigar la pobreza en el mundo, mucho mejor que todas las ONG y todas las donaciones de todos los gobiernos del mundo juntas: mientras no mejoren las cosas allí, lo mejor que pueden hacer los africanos —para sí mismos y para sus familias a las que a menudo financian con sus remesas— es... emigrar.

El problema es que ningún país europeo puede absorber a todos los inmigrantes potenciales. Es más, sería irresponsable aceptar más personas de las que puede absorber: sin puestos de trabajo no se contribuye a la reducción de pobreza; sin respetar los derechos adquiridos de los autóctonos se fomenta el odio y se impide la integración y si no se garantiza el ascensor social, los nuevos ciudadanos acabarán odiando al país que los acoge —miren, si no, cómo ardían los coches en París—.

En resumen, ni es verdad que los inmigrantes son la solución de nuestros problemas ni es verdad que nosotros somos la solución de todos los suyos. La inmigración comporta costes y beneficios para ellos y nosotros. El debate debería centrarse en estimar cuánta gente puede absorber un país para poder garantizar simultáneamente los derechos de los autóctonos y las oportunidades de los inmigrantes. Deberíamos pensar seriamente en cómo garantizar que los nuevos ciudadanos se integran lo suficientemente como para que, o bien ellos o bien sus hijos, puedan subir la escalera social. Y una vez decidido cuántos nuevos ciudadanos podemos acoger con solvencia y garantías, ése es el número que se debe aceptar, legalmente y de manera ordenada.

Da la impresión, sin embargo, de que nuestros dirigentes hacen un cálculo bien distinto y se preguntan: ¿a quién votarán en su día todos estos ciudadanos potenciales? Respuesta: al partido socialista. Consecuencia: el Gobierno... ¡no hace nada! Y no hace nada, no por incompetencia, sino porque no le interesa al partido. O mejor dicho, sí que hace: desvía la atención hablando, divagando, viajando, disfrazándose de bailarina africana y proponiendo, sin que se le escape la risa, utilizar satélites para poner barreras en el océano.●

FRANCESC-MARC ÀLVARO

De Mao a Obiols

Montilla ha declarado que sus referentes políticos son: Allende, Brandt, Palme, Mitterrand y Reventós. Es raro que no esté en la lista Josep M. Sala, el padre político de los capitanes y el que, en su día, organizó la caza y captura de Raimon Obiols. Precisamente Obiols habló el pasado jueves, en la sede del PSC y al ladito de Montilla, en una sesión conmemorativa del primer mitin socialista autorizado después de la muerte de Franco, el 22 de junio de 1976 en el Palau Blaugrana. Ese acto supuso el comienzo del proceso constituyente del PSC, que culminó en julio de 1978 con el acuerdo entre la federación catalana del PSOE y el PSC de Reventós. Montilla no estuvo en el Blaugrana en junio del 76; en aquella época, militaba en el PSUC, como Piqué y como Saura. Antes, el presidenciable socialista había formado parte del Partido del Trabajo de España, que se alineaba "en las posiciones ideológicas y de principio representadas por el Partido Comunista de China". Pero las barbas revolucionarias desaparecen y hoy, por suerte, Montilla ya no tiene a Mao entre sus referentes. Sólo en su lema de campaña ("hechos, no palabras") hay ecos de una famosa consigna del Gran Timonel: "Busca la verdad en los hechos".

En su alocución en el local de la calle Nicaragua, con el retrovisor puesto en 1976 y obviando que Montilla fue uno de los que le defenestraron, Obiols proclamó que "en este candidato y en las listas socialistas está la continuidad del proyecto y de la identidad de los socialistas y de las socialistas de Catalunya, que queremos reafirmar hoy, en esta ocasión". Ante estas palabras, uno se acuerda del desaparecido Jaume Lorés, ensayista preclaro, militante socialista y catalanista, a la sazón cuñado de Maragall, que dedicó páginas iluminadoras a describir los laberintos de un socialismo catalán entregado a los desigños del PSOE. Para Lorés estaba claro, ya en 1984, que "es históricamente imposible que coincida, sin diferencias políticas, el proyecto del nacionalismo español del PSOE, basado, para abreviar, en el noventayochismo y el azañismo, con el proyecto propio de un socialismo catalán que no tiene más remedio que ser nacionalista catalán si escucha sus tradiciones ideológicas, sus aventuras históricas". Obiols y los que mandaban entonces en el partido no escucharon a Lorés. Por eso tiene razón Obiols cuando establece una continuidad entre su proyecto y el de Montilla. No es el recambio de dirigentes que ahora culmina lo que acaba con el alma catalanista del PSC, la pérdida se produjo hace ya lustros. Por eso el debate bizantino sobre el catalanismo de Montilla es anacrónico. Llega muy tarde.●

CRISTINA SÁNCHEZ MIRET

Realidad o ficción

Nos ha sorprendido a todos que también en Canadá —considerado como un oasis de convivencia y bienestar— pasen estas cosas. Un joven de 25 años mató a una chica e hirió a otras 19 personas el miércoles en la Universidad de Dawson, en Montreal. Parece ser que entró pegando tiros indiscriminadamente porque se consideraba un *ángel de la muerte* y su lema era "vivir rápidamente, morir joven y dejar tras de sí un cuerpo mutilado". Era un adicto a los videojuegos —queda claro por el lenguaje—. Su preferido, uno de 1999 que recrea la masacre en una escuela americana, en Columbine (Colorado). Todo esto lo sabemos porque tenía una página en internet en la que escribía regularmente y en la que anunció, posando con armas y una gabardina negra, que ya estaba preparado para la acción. La vida —creía— es un videojuego y hay que morir algún día.

Puede parecer un caso aislado

CRISTINA SÁNCHEZ MIRET,
socióloga

—no tanto cuando son demasiados ya los tiroteos de este tipo—, pero el problema es más general, aunque menos dramático a simple vista. Muchos son los ejemplos. Leía en una crítica de cine que actualmente los jóvenes cineastas se alimentan más del propio cine que de la vida para hacer sus películas con lo que todo suena a ya visto, a trillado, o cuando menos, a conocido. De hecho, no sólo el cine, todas las fuentes audiovisuales han ido ganando terreno de forma inexorable en la formación de las experiencias de las nuevas generaciones. Los estereotipos culturales cada vez beben más de sus fuentes y menos de las tradicionales, lo que implica no sólo un cambio de marco de referencia, también un empobrecimiento de éste.

Los niños y los jóvenes, que están formando sus conocimientos del mundo en el que viven, sus referentes culturales y sus comportamientos futuros, cada vez pasan más horas sin sus madres y padres u otros miembros de la familia. Es habitual que fuera de la escuela la mayor parte del día estén solos o en compañía de miembros de su

misma edad. Eso sí, ante una pantalla de televisión, de ordenador o un videojuego. Todos los niños saben qué es una *play*, la tengan o no, todos saben los textos y las canciones de la mayoría de los anuncios, cantan habitualmente cualquier tonadilla televisiva de mo-

VER EL MUNDO

a través de la ficción

no es un buen camino,

mucho menos

formarse mediante él

da, repiten las gracias —que la mayoría de las veces no lo son— de los personajes mediáticos, y se conocen —aunque no hayan ido al cine— todas y cada una de las películas infantiles actuales o antiguas, Disney a la cabeza del ranking.

La convivencia familiar de distintas generaciones se ha diluido en celebraciones esporádicas de festividades donde lo único que

queda patente es la distancia entre sus miembros. Los intercambios de opiniones o sencillamente la expresión de ellas en familia se han reducido a casos contados y las conversaciones son mínimas. En el día a día porque no se tiene tiempo, se desayuna, come y cena delante del televisor y se tiene la agenda llena de citas, salidas y encuentros para los huecos que deja libre el trabajo o la escuela.

Ya ni el tiempo de desplazarnos se dedica a la intercomunicación familiar —ni siquiera a contemplar el paisaje— puesto que la televisión o el DVD en el coche —sobre todo si se tienen niños— son unos artefactos considerados imprescindibles para que el viaje sea el máximo de placentero posible.

Ver el mundo a través de la ficción no es un buen camino, mucho menos formarse mediante él. Además, al imperar en el campo audiovisual la ley del que más vende y de lo que más vende —por lo tanto, ni la ética, ni la rigurosidad, ni la calidad—, empeora aún más las consecuencias de no distinguir entre ficción y realidad.●

grupoGodó

Presidente
JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ
Consejero Delegado: Carlos Godó Valls
Director General de Presidencia: Josep Caminal
Director General Corporativo: Carlos Gutiérrez
Director General de Negocios: Jaume Gurt
Director de Comunicación: Màrius Carol

LA VANGUARDIA

Presidente-Editor:
JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ
Director General: Pere Caba
Director General Adjunto: Joan Angulo
Director de Marketing: Pere Guardiola
Director de Ventas: Javier Gallego
Controller: David Carrión
Controller Comercial: Xavier Martín